

proclama fue suficiente para que se retirasen los artilleros que habian manifestado hasta entonces intenciones hostiles.

Las tropas convencionales ejecutaron sin dificultad las maniobras calculadas, y se oyeron los gritos de ; *viva la convencion!* ; *Perezcan los traidores y tiranos!* Los revoltosos, abandonados por todas sus fuerzas, lo ignoraban y pasaban el tiempo en deliberar.

Leonardo Bourdon, acompañado de algunos hombres arriesgados y resueltos, y con particularidad del empleado *Dulac*, de que he hablado poco antes, emprende la escalera de la casa consistorial con el sable cogido entre los dientes y una pistola en cada mano, y fuerza la entrada del salon en que se hallaban deliberando treinta y seis municipales con sus bandas tricolores.

Asustados los votantes con tan repentina aparicion, con aspecto tan amenazador, procuran evadirse; *Charlemagne* que ejercia á la sazón las funciones de presidente, deja caer la campanilla que tenia en la mano, y uno de los individuos de la expedicion se arroja sable en mano sobre aquel aturdido presidente. «Nadie trató de defenderse, dice *Dulac*, y lo mas notable es, que los que entramos éramos tan pocos, que cada uno de nosotros tenia dos cogidos.»

Fue tal la impresion de terror que causó en todos los concurrentes aquella repentina invasion, que todos ellos perdieron el ánimo. Un solo hombre

colocado al pie de las dos escaleras que suben á la tribuna fue bastante para contener y tener en estado de arresto á las infinitas personas que concurrían á ellas habitualmente : todo el mundo trataba de huir : los convencionales recibieron refuerzo.

Robespierre el jóven saltó por una ventana, se paseó durante algunos minutos por la cornisa de la fachada del edificio, y despues se arrojó de ella, cayendo sobre los escalones de la gradería de la entrada y sobre dos individuos cuyas armas le hirieron¹.

Robespierre el mayor, metiéndose en el salon llamado de la *Igualdad*, introduce en su boca la de una pistola y la dispara, pero la bala le hace añicos la mandíbula y le priva del uso de la palabra sin quitarle la vida. La bala se abre paso por encima del juanete de la megilla, y pasa inmediata al conserje, sobre el cual cae *Robespierre* bañado en sangre².

Dulac entra en la pieza en que se hallaba *Robespierre* tendido en el suelo. «Inmediato á él, dice, estaba metido debajo de una mesa el dema-

¹ Se le trasportó á la calle de *Barres*, n.º 4 á la comision civil de la seccion de la casa de ayuntamiento, en donde reconocieron los cirujanos sus contusiones y heridas; á las siete de la mañana se le trasladó á la comision de seguridad general.

² Véase la declaracion de *Bochard*, conserje de la casa de ayuntamiento en el informe sobre los acontecimientos del 9 de termidor, páginas 200 y 201. No es cierto que el gendarme que *Leonardo Bourdon* presentó en la convencion, haya tirado un pistoletazo á *Robespierre*.

siado célebre *Dumas*, aquel presidente homicida del tribunal revolucionario; le arresté y le causé tanto miedo que le obligué á que me dijese donde se hallaban *Saint-Just* y *Lebas*. Entré en efecto en el parage donde se habian refugiado y hallé á *Lebas* tendido en el suelo y muerto. *Saint-Just* no hizo la menor resistencia y me entregó su cuchillo con la misma sumision con que *Dumas* me habia entregado su frasquito de agua de melisa, que le habia quitado temiendo fuese un veneno. Puse á ambos en las piezas del piso bajo llamadas *del estado mayor*..... Tambien habia arrestado yo mismo al agente nacional *Payan*.¹»

Cuéntase que cuando *Saint-Just* huia con *Lebas* dijo aquel á este: «Mátame.» Que *Lebas* le habia contestado: «No estoy ahora para eso»; y que se habia tirado un pistoletazo del cual habia muerto inmediatamente.²

Couthon, tullido de medio cuerpo abajo, no pudo escapar y conoció, aunque algo tarde, que cuando se quiere conspirar, son precisas buenas piernas. Se metió arrastrando debajo de una escalera, donde fue cogido y desde allí trasladado al parapeto del malecon *Pelletier*. Viéndose allí expuesto á los ultrajes de los que pasaban y que no sabian respetar la desgracia, se fingia muerto; pero cuando oyó que se hablaba de dejarle caer al Sena, exclamó:

¹ Rapport sur les événements du 9 thermidor, pág. 213.

² Idem, página 71, nota 4.

«Ciudadanos, poco á poco, que aun no estoy muerto¹.»

Mas listo *Coffinhal*, pudo escaparse y se metió en la isla de los Cisnes, en la cual se ocultó permaneciendo dos dias sin comer. El hambre por último le precisó á salir del escondite, y fue reconocido y cogido.

No fue mas feliz la suerte de *Henriot*. *Coffinhal* y otro individuo encontraron á este general cuando huian; le reconviniéron fuertemente porque habia dejado, despues de tanta promesa, indefensa la casa de ayuntamiento. Irritado *Henriot* les contestó colérico, y *Coffinhal* y su compañero se echaron sobre él y le arrojaron por una ventana; cayó en un patio oscuro y lleno de inmundicia, especie de albañal, donde permaneció hasta que le sacaron de allí para conducirle á la Conserjería.²

Asi fue como en pocos minutos vino al suelo aquel temible poder, y quedaron dispersos y destruidos los autores del horroroso régimen del terror cuyos rigores aun se disponian á aumentar.

A cosa de las dos y media de la mañana, vivo aun Robespierre, pero muy herido en el órgano de la palabra, fue trasportado á la comision de salud pública, y colocado sobre la mesa de la sala

¹ Rapport sur les événements du 9 thermidor, pág. 72, 73.

² Idem, pág. 71, 72.

Segun resulta de algunas declaraciones parece que empujado repentinamente *Henriot* por *Coffinhal* desde lo mas alto de una pequeña escalera, rodó hasta el pie de ella y que él despues se fue á esconder al patinejo donde fue cogido.

de audiencia que precedia á la de sesiones de la misma comision. Se le puso una caja de pinabete debajo de la cabeza que le sirvió en alguna manera de almohada.

Permaneció cerca de una hora en tal estado de inmovilidad que hacia creer que habia cesado de existir, hasta que á cosa de las tres de la mañana principió á abrir los ojos. Salia mucha sangre de la herida que tenia en la mandíbula inferior izquierda. Se veia la mandíbula hecha pedazos y el agujero que la bala habia hecho en la megilla. Tenia la camisa llena de sangre y estaba sin sombrero ni corbatin; su traje era un frac azul celeste, calzon de mahon, y medias blancas de algodón caídas sobre los talones.

A cosa de las cuatro de la mañana se notó que tenia en la mano un saquito de piel blanca, sobre el cual estaba escrito: *Al gran monarca. Le Court, espadero del rey y de sus tropas, calle de San-Honorato, cerca de la de Poulies, en Paris*; en el reverso decia: *à M. Archier*. Se valia de este sáco para ir sacando los cuajárones de sangre que se le formaban en la boca. Los ciudadanos que le rodeaban observaban todos sus movimientos; algunos de ellos le llegaron á dar papel blanco, á falta de lienzo, y le empleaba para el mismo efecto, haciendo uso de la mano derecha y apoyándose en el codo izquierdo..... A eso de las seis de la mañana se llamó un cirujano para que le curase. Le introdujo por precaucion una llave en la boca y halló

que tenia rota la mandíbula izquierda; le sacó dos ó tres dientes, le puso un vendage en la herida é hizo que le pusiesen al lado un jarro con agua....

Al menos pensar se le vió ponerse sentado, levantarse las medias, y repentinamente se fue dejando caer de la mesa al suelo y se fue corriendo á sentar en una silla poltrona. Luego que estuvo sentado pidió agua y un pañuelo blanco.

Asi que volvió en sí, y mientras estuvo tanto en la mesa como en la silla poltrona, miró fijamente á cuantos le rodeaban y con particularidad á los empleados de la comision de salud pública que reconocia; levantaba frecuentemente los ojos hácia el techo; pero, fuera de algunos movimientos convulsivos propios del estado en que se hallaba, se notó en él la mayor impasibilidad aun en los momentos de la cura que debió ser muy dolorosa. Su color naturalmente bilioso tenia la amarillez de la muerte.

A las nueve de la mañana trajeron en una camilla hasta el pie de la escalera de la comision de salud pública á *Couthon* y á un individuo de la municipalidad llamado *Gobault*; los miembros de esta comision mandaron que *Robespierre*, *Couthon* y *Gobault*, fuesen trasladados inmediatamente á la Conserjería; dieron la misma orden con respecto á *Saint-Just* y á *Dumas* que tambien habian sido traídos á la comision¹.

El día 10 del mes de termidor por la tarde,

¹ Rapport sur les événements du 9 thermidor, pág. 215.

veintidos personas, puestas *fuera de la ley*, entre ellas cuatro diputados, á saber, los dos *Robespierre*, *Couthon* y *Saint-Just*, y además el general *Henriot*, el maire de Paris *Lescot - Fleuriot*, *Payan*, agente nacional de la municipalidad, *Dumas* presidente del tribunal revolucionario, etc., conducidos en carretas mortuorias á la plaza de la Revolucion, padecieron en el cadalso el suplicio, que habian hecho sufrir á tantos millares de Franceses.

Los Parisienses que miraban con la mayor indiferencia, de mucho tiempo á aquella parte, el frecuente espectáculo de la separacion de las cabezas de los cuerpos por medio de la guillotina, no se cuidaban de ir á verlo, y á las mas numerosas justicias apenas concurrían treinta espectadores; tal era la costumbre que ya tenían de ver diariamente este suplicio. El dia 10 de termidor, la espaciosa plaza de la Revolucion, los malecones, los puentes, las calles adyacentes estaban cubiertas de hombres y mugeres que manifestaban una alegría poco conveniente en aquellos momentos.

Los pacientes destronados supieron, acaso por la primera vez, lo que jamas habian sabido ni por las personas que andaban en derredor suyo, ni por sus espías, á saber, que eran objeto de la execracion de una inmensa mayoría de la poblacion. Jamas habia habido suplicio que produjese mayor concurrencia, ni que causase una alegría mas viva, ni mas general.

En el siguiente dia 11 del mes de termidor, fue-

ron ajusticiados como el dia anterior setenta individuos, todos miembros del concejo general de la municipalidad, y con ellos *Boullanger* y *Sijas*; como todos estaban comprendidos en el decreto de *fuera de la ley* no precedió otra formalidad á su suplicio que la de verificar por testigos la identidad de las personas.

Tal fue el desenlace de este drama político, desenlace que puso fin al régimen del terror, al reinado de la muerte, á la mas horrorosa é insupportable tiranía, y que presenta lecciones saludables á los gobernantes y á los gobernados, de las cuales me temo mucho no se aprovechen.

Robespierre, personage principal de este drama, se hallaba dominado por la ambicion mas desenfrenada, pasion que absorvia en él todas las demas. Terco, tenaz en sus resoluciones, orgulloso, sombrío, desconfiado, irascible, jamas perdonó, persiguió siempre á cuantos se habian tomado una vez la libertad de contradecirle. Los afectos mas dulces, las pasiones inherentes á la naturaleza humana, la amistad, el amor, eran para él desconocidos. Nunca asomó á sus labios la sonrisa de la benevolencia, y solo la cólera tuvo poder para hacerle verter lágrimas.

Si le contradecían en público, procuraba por respeto á sí mismo, contener los movimientos de su irritacion, y esta cólera concentrada obraba mas profundamente en su alma, leíase en estos momentos en su rostro su tribulacion interior, y

se veian en él pintadas las pruebas de lo que estaba padeciendo. Se contraian sus músculos, y sus labios se agitaban en diferentes sentidos. Cuando no podia ser dueño de sí mismo, prorumpia contra sus contradictores en injurias, y las mas familiares eran tratarlos de *intrigantes* y de *malvados*.

Rodeado de hombres perversos que lisonjeaban, dirigian sus pasiones y sacaban partido de ellas, tenia en ellos la mas ciega confianza, sobre todo si calumniaban á los que él no amaba.

Robespierre era hombre de talento, pero sus pasiones le privaban del discernimiento, facultad la mas preciosa en el hombre; y esta es la razon porque incurrió en tantas faltas y cometió tantos crímenes.

Su estatura era regular y bien proporcionada. Muy esmerado en el vestido, jamas quiso adoptar el traje trivial de los descamisados, y hasta el último momento conservó su peinado de polvos y sus alas de pichon. Su rostro ancho por las sienas y terminado en punta por la parte inferior, queria aproximarse un poco á la fisonomía del gato ó del tigre.

FIN DEL TOMO TERCERO.

TABLA

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- CAPITULO I. Disturbios y agitaciones violentas entre los miembros de la convencion, amenazas y folletos contra estos, asonadas de gente armada que pone tasa á los granos en los departamentos; carestía facticia de Paris, causas que la produjeron; asesinato del diputado Miguel Lepelletier. Pág. 1
- CAPITULO II. De los agentes de las potencias extranjeras, de sus maniobras contra la mayoría de la convencion nacional; de los sucesos del 25 de febrero y del 10 de marzo; establecimiento del tribunal revolucionario; expulsion de la familia de los Borbones; decreto de acusacion contra Marat, triunfo de este. 32
- CAPITULO III. Conciliábulo de Charenton; junta central de insurreccion; sucesos del 31 de mayo y 2 de junio; arresto de muchos diputados. 78
- CAPITULO IV. Los sucesos del 31 de mayo y 2 de junio habian sido concertados en Londres; insurreccion en el departamento de Calvados y en otros; Carlota Corday asesina á Marat, proceso y muerte de esta jóven extraordinaria, dispersion de las fuerzas departamentales; inscripciones sobre las casas, y otros acontecimientos. 132
- CAPITULO V. Estado de la convencion, de Paris, de las fronteras; toman los enemigos á Condé, Maguncia, Valenciennes, etc.; ceremonias de la aceptacion de la constitucion de 1793; arresto de los embajadores de Francia en la Valtelina; telégrafos; nuevo calendario; condenacion de Custine; toman los Ingleses á Tolon. 183
- CAPITULO VI. Sitio de Leon; la junta de salud pública castiga á aquellos que prestan á su país servicios provechosos; progresos del terror; es el santo y contraseña del dia; ejército revolucionario; acusacion de Amar contra un gran número de diputados; tribunal revolucionario; condenacion y muerte de la reina de Francia, de muchos diputados, de madama Roland, etc. 210